

1 el desorden global

Brasil

Elecciones 2006: una profunda ruptura política

Joao Machado y José Corrêa

En la primera vuelta de las elecciones del 1 de octubre de 2006 en Brasil, un electorado desencantado con la política fue situado ante la polarización electoral creada entre los dos grandes bloques políticos del país: el agrupado en torno al PT y el formado por la alianza PSDB/PFL. Polarización que, sobre todo en las últimas semanas, se expresó en la confrontación entre Lula y Geraldo Alckmin.

Lula obtuvo 46,66 millones de votos (48,61% de los votos válidos una vez excluidos los votos nulos o en blanco); Alckmin, por su parte, logró 39,97 millones de votos (41,64%). En tercer lugar se situó la candidata del P-SOL y del Frente de Esquerda, Heloísa Helena, con 6,575 millones de votos (6,85%). El senador Cristovam Buarque, del PDT (en general, considerado un partido populista de izquierda) 2,54 millones de votos (2,64%). El resto de candidatos no tuvieron resultados significativos.

Al contrario que en elecciones anteriores, la campaña se desarrolló en medio de una gran apatía. Algunas explicaciones atribuyen esta apatía a la nueva normativa electoral que restringe la propaganda que antes saturaba al electorado durante varios meses. Otras, indagando en razones de más calado, la sitúan en las frustradas expectativas de cambio de los sectores más politizados durante los cuatro años del gobierno de Lula. Frustraciones que se evidenciaron, por ejemplo, en la casi desaparición de la militancia de calle que antes caracterizaba al PT (militancia que fue sustituida por los políticos profesionales) o en la pérdida de “voto de opinión”. Que ocurriera todo esto en la primera batalla electoral después de la explícita reconversión de Lula al liberalismo (o social-liberalismo) y de la revelación de la profunda corrupción interna del PT, era algo previsible.

Raíces profundas

Sin embargo, el desencanto bastante amplio con la política y, especialmente, con la idea de que la política sea un vehículo de transformación social y de emancipación, tiene raíces más profundas.

Han sido muchas las expectativas frustradas desde la “redemocratización” de los años 80 en Brasil: la expectativa depositada en el partido de oposición a la dictadura militar (el PMDB, que fue visto como un “frente democrático”), la expectativa generada por la primera elección presidencial desde la dictadura (en 1989). Incluso el gobierno de Fernando Henrique Cardoso (FHC) fue, durante sus primeros años, depositario de expectativas optimistas. La frustración con Lula y, principalmente, con el PT, fue la última, y la más profunda, de toda la serie.

Pero dicho esto, es preciso tomar en consideración el impacto de las transformaciones producidas en la sociedad brasileña desde 1990. Los cuatro años de Lula vinieron después de los ocho de FHC y los cinco de Collor-Itamar en términos de inserción subordinada del Brasil al mercado mundial, mutación neoliberal de la estructura productiva del país, estancamiento económico, desarticulación de las viejas relaciones e identidades de clase, avance del individualismo y del consumismo, regresión ideológica y descalificación de la actividad política ciudadana. Buena parte de la izquierda socialista enraizada en la clase trabajadora y organizada de forma independiente, que fundó el PT y la CUT, dejó de existir. Se diluyó la organización autónoma de clase, las trabajadoras y trabajadores se fragmentaron socialmente y la izquierda socialista que permanece está dividida y a la defensiva, atravesando una crisis de proyecto. Ya no existe lo que en los años 80 y 90 marcaba la diferencia entre la izquierda brasileña y el resto de la izquierda latinoamericana: una acción política socialista de masas basada en un proletariado organizado y autónomo frente a la clase capitalista.

Lo mismo ocurre con los movimientos sociales. Si los años 80 fueron los de las grandes movilizaciones, éstas ya habían comenzado a decrecer en los 90; durante ésta década, el MST fue el único movimiento social con una capacidad de movilización grande; pero el MST está, desde que Lula llegó al gobierno, en un atolladero. Por su parte, hace mucho tiempo que el sindicalismo dejó de tener un impacto político significativo. En este contexto, las nuevas generaciones carecen de experiencia de grandes movilizaciones sociales. El ciclo político de los 80 está cerrado y el trabajo de deconstrucción de la identidad política de izquierda construida en Brasil es, en gran medida, un trabajo concluido.

En estas elecciones lo que emergió fue un PT neopopulista, una máquina electoral basada en el liderazgo carismático de Lula y en el control de los fondos públicos que, comprometido con la estabilidad de las clases dominantes, se presenta como defensor de los pobres contra una élite insensible... al tiempo que garantiza que los negocios seguirán como hasta ahora.

Ahora bien, la crisis nacional sigue abierta y ninguno de los dos bloques puede asegurar un futuro de progreso. Brasil continúa estancado en una economía internacional que crece rápidamente; la integración regional está paralizada y la crisis social es aguda. Ni Lula ni Alckmin pueden ofrecer a la población esperanzas de un futuro cualitativamente mejor.

Se multiplican diversas formas de organización pero no se logra articular acciones más ambiciosas, justamente el papel de los partidos. La sociedad de Brasil es una de las más conflictivas del mundo, en medio de una América Latina que entró en ebullición, con unas alternativas más radicales que van ganando espacio. Y en este marco, van a aparecer nuevas posibilidades para la izquierda.

EL P-SOL, el Frente de Esquerda y la candidatura de Heloísa Helena

En este contexto de retroceso, la candidatura de Heloísa Helena por un Frente de Esquerda ha expresado la resistencia a la pérdida de carácter de la izquierda y fue la novedad de la contienda electoral, aunque no haya sido suficiente para poner freno a la crisis de la política progresista en Brasil.

Con diferencia, el principal partido del Frente de Esquerda es el P-SOL, que sólo hace un año (septiembre de 2005) logró inscribirse legalmente. Los otros dos partidos, el PSTU (Partido Socialista de los Trabajadores Unificado, inspirado en la tradición de Nahuel Moreno) y el PCB (Partido Comunista de Brasil) tienen un peso político y, sobre todo, electoral mucho menor.

El P-SOL llegó a las elecciones con unos pocos miles de militantes, en buena parte sindicalistas, con un peso significativo en la juventud y con una pequeña presencia parlamentaria: una senadora, siete diputados federales y cuatro diputados estatales, además de unas pocas decenas de concejales. O sea, como una fuerza minoritaria, que apenas agrupaba una parte de la antigua ala izquierda del PT junto a otros militantes de otros partidos (principalmente del PSTU).

De hecho, el P-SOL tuvo una participación electoral por encima de lo que sugerían su fragilidad organizativa y su reducida base social, gracias a la popularidad y al carisma de la senadora Heloísa Helena. En los primeros meses del año, antes del inicio de la campaña, las encuestas otorgaban a su candidatura entre el 4 y el 6% de los votos y la colocaban en tercer lugar en la disputa por la presidencia. A partir de julio, los medios de comunicación comenzaron a ofrecer espacios electorales (fundamentalmente para la elección presidencial). Los candidatos y la candidata a presidente dispusieron de algunos minutos diarios en las cadenas de TV; especialmente en la mayor del país, Rede Globo. Se redujo la desproporción de la cobertura por los medios. Esto impulsó de forma decisiva la candidatura de Heloísa Helena que, a mediados de agosto, llegó a alcanzar el 12% en las encuestas (lo que, descontando a quienes anunciaban su intención de votar en blanco, de anular el voto o a quienes se mantenían indecisos, suponía un 14% o 15% de votos).

Más allá de la cobertura dada por los medios, eran varios los factores que explicaban este hecho: en primer lugar, que la candidata fuera una mujer reconocida por todo el mundo como una luchadora que tuvo el coraje de enfrentarse al gobierno de Lula cuando estaba en el auge de su popularidad y que, durante algunas semanas, tuvo que soportar poca confrontación crítica; en segundo lugar, el desgaste de Lula ante los sectores creadores de opinión e incluso el interés de la oposición *tucana*

[vinculada al partido de FHC y Alckmin, el PSDB] (y, por consiguiente, de un sector de la prensa) de que este desgaste aumentara a fin de forzar una segunda vuelta. En ese momento, la diferencia de intención de voto entre Heolisa y Alckmin se redujo y parecía posible evitar la polarización electoral Lula-Alckmin.

Pero cuando el 15 de agosto se puso en marcha la campaña electoral oficial en la TV y entraron en escena las grandes maquinarias electorales, este cuadro relativamente favorable dejó de existir.

A partir de ahí, adquirió un peso decisivo la enorme desproporción entre los recursos materiales y organizativos movilizados por los dos bloques políticos mayoritarios -el bloque en torno a Lula y el formado por el PSDB-PFL- y los del Frente de Esquerda. Desproporción que se incrementó debido al tiempo que la Ley Electoral concede a cada fuerza política en el horario oficial de campañas en las cadenas de TV y en las radios. El criterio de distribución se basa en el número de cargos electos de cada partido en las elecciones de 2002, año en el que el P-SOL aún no existía.

Por otro parte, la fragilidad organizativa del P-SOL y del Frente de Esquerda no permitía organizar a toda la gente que se aproximaba durante la campaña y que quería colaborar en ella; parte del electorado que se identificaba con Heloísa Helena percibió que su apoyo era demasiado débil para constituir una alternativa real, y la presión del voto útil empezó a manifestarse durante las últimas semanas, cuando la distancia entre Lula y Alckmin se redujo y se percibía que podría haber una segunda vuelta.

Otra de las dificultades de la campaña del Frente de Esquerda fue que su fragilidad organizativa conllevaba una importante fragilidad *política*: no fue posible construir una dirección política unificada para la campaña nacional y en la mayoría de los Estados. Posiblemente el exponente más serio de esta fragilidad fuera no concluir la redacción del programa de gobierno del Frente (sólo se divulgó un manifiesto) debido a las divergencias internas en el P-SOL y de éste con los otros partidos del Frente.

Todo esto no significa que Heloísa Helena y otros candidatos del P-SOL y del Frente de Esquerda no presentaran alternativas programáticas para el país; pero, el hecho de no haber concluido un documento programático oficial, aprobado, redujo el impacto de la presentación de alternativas e hizo vulnerable al Frente de Esquerda frente a las críticas de los adversarios y de la prensa.

Una limitación política de la campaña de Heloísa Helena es que ella habló mucho más en primera persona que como representante de un proyecto político o de un proceso de luchas sociales. En cierta medida esto era inevitable: se trataba de una candidata con impacto nacional frente a un proyecto político que acababa de empezar a andar, sin una dirección colectiva y en un momento bajo de movilización. Además de eso, la lógica de la disputa presidencial da más peso a las personas que a los partidos o frentes que las respaldan. Ahora bien, no hay dudas de que ésta fue una importante debilidad política de la campaña.

Otra cuestión que repercutió, de alguna forma, negativamente en la campaña, aunque probablemente sin un impacto electoral significativo, fue el tema de la despenalización del aborto: mientras que la posición de la amplia mayoría del P-SOL y del Frente de Esquerda es favorable a su despenalización, Heloísa Helena, por razones de conciencia, se opone a ella. La prensa se dio cuenta de esta discrepancia e insistió frecuentemente sobre ella; una pregunta que no dirigió a los otros dos candidatos.

De todos modos, alcanzar más de 6,5 millones de votos (6,85% de votos válidos) en el marco histórico del Brasil (y del mundo) de hoy, es un resultado muy importante para una candidata tachada en todo momento de “radical” y que en el cierre de campaña (el último debate en TV) concluyó diciendo que la razón de su candidatura era la necesidad de rescatar el compromiso con el socialismo que había abandonado el PT.

Los votos obtenidos por Heloísa Helena (6.575.393: 1,56 millones en Sao Paulo, 1,42 en Río de Janeiro; 579.000 en Minas Gerais y 440.000 en Río Grande del Sur) fueron principalmente votos de apoyo a una política ética y antineoliberal y representan, en la difícil situación de la izquierda, una victoria, en diálogo con sectores de la Iglesia, funcionarios públicos, trabajadores organizados, sectores de clase media liberal y de la universidad. El significado de este resultado resulta mucho más claro cuando se considera que obtuvo el 17% de los votos en el Estado de Río de Janeiro -que está considerado el más politizado del país-, el 25% en Maceió, su ciudad, situada en el nordeste de Brasil: la región más beneficiada por los programas asistenciales del gobierno Lula y donde el candidato del PT obtuvo sus mejores resultados.

En las elecciones presidenciales, el electorado de izquierda en sentido amplio, crítico a las dos vertientes del modelo neoliberal, que supone una parte importante de la opinión pública brasileña, alcanzó cerca del 10% del electorado, sectores difusos que rompieron con el *petismo* y votaron a Heloísa y Cristovam.

La pugna entre el PT y el PSDB

El PT y el PSDB se venían preparando para la contienda electoral desde las elecciones municipales de 2004. Aunque el resultado de aquellas elecciones dejase patente la fragilidad del PT en los grandes centros del Sudoeste y el Sur, no fue sino a partir del escándalo del “mensalão” en 2005, cuando la situación del partido se vio seriamente comprometida. *[19 diputados fueron acusados, por recibir pagos mensuales del gobierno para votar sus propuestas. Decenas o quizá más de un centenar de diputados y senadores quedaron fuera de la acusación por medio de diversas maniobras realizadas por los representantes petistas y sus aliados en el Congreso. El dinero del “mensalão” provenía de distintas formas de fraude en empresas públicas (Correo, IRB -Instituto de Reaseguros del Brasil- entre otras) iba a una empresa privada de publicidad dirigida por Marcos Valerio, cuyo patrimonio se multiplicó por cuatro desde la llegada de Lula al gobierno y ha conseguido desde entonces más de 150 millones de reales, unos 59 millones de euros, en contratos gubernamentales].* Pero, a lo largo del primer semestre de 2006, Lula fue

recuperando la situación gradualmente y entró en la batalla electoral como claro favorito. El escándalo del “mensalao” fue enterrado por otros escándalos -el de los “vampiros” [*Fraudes en las licitaciones para compra de medicamentos. Se comprobó además “tráfico de influencias” en Petrobras, en la BR Distribuidora, en la Infraero, en los Ministerios de Comunicación y de la Previdencia (pensiones y jubilaciones), en el INSS (Instituto Nacional de Seguro Social) en el Fondo de Pensión Núcleos (fondo de los funcionarios de Electrobras) y en la Secretaría de Salud del Distrito Federal. El ex-ministro de Salud y candidato actual del PT al gobierno de Pernambuco, Humberto Costa y el ex-tesorero del PT Delúbio Soares comandaban dos cuadrillas diferentes dedicadas a estos fraudes.*] y el de los “sanguessugas” [*“sanguijuelas”*]. La empresa Planam -de la familia Vedoin- montó un esquema de venta de ambulancias sobrefacturadas para los municipios de diversos Estados del país. Un centenar de diputados y senadores presentaron enmiendas parlamentarias para liberar recursos “destinados a la salud” en más de 600 municipios. La cuadrilla funcionaba desde el 2001, sobrefacturó en un 110% más de mil vehículos y movió, unos 110 millones de reales (43 millones de euros). Además de los congresistas, están implicados decenas de altos funcionarios del Ministerio de Salud, más de medio centenar de asesores parlamentarios, y por lo menos 60 *prefeitos* (alcaldes), todos recibiendo “comisiones” por su participación. Las investigaciones han identificado más de dos decenas de empresas fantasmas y varias organizaciones no gubernamentales (ONGs) que hacían de intermediarias de los fraudes.]. Por otro lado, el candidato del PSDB entró en la contienda con su partido dividido y, por ello, no se veía clara una segunda vuelta.

Según todos las opiniones, hubo dos cuestiones que se combinaron para que el voto a Lula fuese menor de lo esperado y se llegase a la segunda vuelta: la repercusión del “escándalo del dossier” [*El 15 de septiembre, la policía federal detuvo a empleados de dirigentes petistas con 1,7 millones de reales, unos 660.000 euros, cuando intentaban comprar un dossier con informaciones contra José Serra, dirigente del PSDB*] y el que Lula no compareciese en el debate entre las tres candidaturas a presidente, realizada en la mayor cadena de TV del país tres días antes de las elecciones (Lula tampoco compareció en los otros dos debates realizados durante la campaña).

El aspecto más sorprendente de la pugna entre Lula y Alckmin fue que la polarización electoral se expresó en una identificación social de pobres y ricos con las candidaturas, sin que eso supusiera una polarización del proyecto para la nación.

Lula consiguió, con las políticas asistenciales y su carisma personal, mantener una identificación con los pobres y con la población de las regiones “subdesarrolladas” del país. El impacto del programa Bolsa Familiar [*El Programa Bolsa Familia es un programa de subsidios para familias en situación de extrema pobreza. (con un ingreso mensual por familia de hasta 90 reales, 35,2 euros). Los pagos por varían entre 50 reales, 19,5 euros, y 95 reales, 37,1 euros al mes, según los ingresos familiares y el número de hijos. Al entrar en la Bolsa Familia, la familia se compromete a mantener sus hijos en la escuela y a cumplir los cuidados básicos en salud. En 2006, recibieron*

estos subsidios cerca de 25% de las familias del país] era relevante o suficiente para adquirir un peso en la balanza electoral y el simbolismo de tener un presidente de la República de origen humilde, continúa siendo importante. De otro lado, los sectores más influyentes y conservadores del país se identificaron espontáneamente con Alckmin, que personifica los estereotipos del neoliberalismo más ruin. Aparte de eso, el “dossiergate”, reafirmando el uso cotidiano de métodos mafiosos por la maquinaria petista -incluso poniendo en riesgo la propia elección de Lula- consolidó la indignación en sectores de las capas medias y de la burguesía contra el PT y reforzó la tentación de castigarle forzando una segunda vuelta; incluso sectores que se venían manteniendo neutrales acabaron inclinándose en la recta final hacia un *antipetismo* reciclado. Presionados por la situación, Lula y el PT reforzaron la identificación de Alckmin con los ricos y con las políticas del gobierno de FHC y, de cara al segundo turno, multiplican sus promesas para los pobres, destacando una supuesta fase de izquierda de su gobierno, al mismo tiempo que aseguran que no modificarán la política económica y que incluso recortarán el gasto público.

Por eso, la identificación social de los pobres con Lula no quiere decir que estemos frente a una confrontación entre distintos proyectos de país. Se trata de sectores clientelares del Estado, alimentados por la utilización de fondos públicos para políticas asistenciales de renta mínima, que tienen un gran impacto dada la miseria en la que vive la mayoría de la gente. Un eventual gobierno Alckmin no sería igual a un eventual segundo gobierno Lula [*este artículo está escrito en vísperas de la segunda vuelta*] en aspectos como política exterior, pero nada indica que Lula romperá con la ortodoxia neoliberal.

Los resultados del P-SOL

El resultado global del P-SOL -como el del Frente de Esquerda (el PSTU y el PCB apenas sumaron electoralmente)- no acompañó al de Heloísa, poniendo de manifiesto la debilidad del partido y la del Frente. En los sitios que presentamos candidaturas a gobiernos de Estado capaces de sostener un debate político amplio, conseguimos capitalizar una parte significativa de los votos de Heloísa. Fue el caso del Distrito Federal y de Pará, con las candidaturas, respectivamente, de Toninho y de Edmilson, que sobrepasaron el 4% de los votos válidos; de Ceará, donde Renato Roseno logró el 2,75% de los votos válidos (superando el 7% de los votos en la capital, Fortaleza) y de Sao Paulo, donde Plínio Sampaio obtuvo el 2,5%, es decir, medio millón de votos. Sin embargo, en la mayoría de los Estados, los candidatos pasaron justo del 1% de los votos o incluso no llegaron a ese porcentaje.

Las candidaturas proporcionales del P-SOL para diputado federal sumaron nacionalmente 1,149 millones de votos, 1,4% de los votos válidos, quedando muy lejos del necesario 5%. Fueron elegidos tres diputados federales (Luciana Genro en Río Grande del Sur, Ivan Valente en Sao Paulo y Chico Alencar en Río de Janeiro) y tres diputados estatales (Gianazzi y Raul Marcelo en Sao Paulo y Marcelo Freixo en Río de Janeiro). El PSTU y el PCB no lograron ningún cargo electo.

Si evaluamos estos resultados considerando que se trata de las primeras elecciones en las que toma parte el P-SOL, podemos concluir que no son malos. Pero si los comparamos con la situación que tenía el partido antes de las elecciones, tenemos que decir que hubo un retroceso. El P-SOL sale de estas elecciones con menos representación institucional de la que tenía anteriormente. Esto se explica, ante todo, por la pequeñez y fragilidad del P-SOL como partido y por la enorme dificultad en la unidad de acción. Al P-SOL le faltó capacidad para lanzar candidatos en medios sociales y regiones fundamentales.

Perdemos parte del capital político que trajimos del PT -los cargos de diputado federal de Orlando Fantazini en Sao Paulo, Baba en Río de Janeiro, Maninha en Brasilia y Joao Alfredo en Ceará, además de cuadro diputados estatales no reelectos (en parte compensados por la elección de tres nuevos). Pero, con la dispersión política interna del P-SOL era difícil obtener un resultado cualitativamente diferente del que tuvimos en las candidaturas proporcionales. A la luz de los resultados, lo máximo posible, si hubiéramos conseguido una votación mayor en la lista del partido, hubiera sido la elección de un segundo diputado federal en Sao Paulo y en Río de Janeiro.

De hecho, como ya hemos indicado, en esta campaña no disponíamos siquiera del embrión de una dirección política colectiva. En muchas ocasiones, la solitaria presencia de Heloísa Helena, evidenciaba esta debilidad de dirección política, organizativa y financiera. Además, una parte de la militancia del P-SOL, oriunda del sindicalismo, demostró no estar familiarizada con el trabajo electoral. En este sentido, Heloísa jugó un papel mucho más importante a la hora de sostener el ritmo de la campaña en un país continental sin las condiciones materiales para hacerlo.

El resultado electoral muestra también los límites de actuación del PSTU y del PCB. El primero aportó cerca de 100.000 votos y el segundo apenas aportó 40.000.

La segunda vuelta

Habrà una segunda vuelta tanto para la elección presidencial como para la elección de algunos gobernadores de Estado. Ante la segunda vuelta para la elección presidencial, el P-SOL adoptó la posición de no apoyar a ninguno de los dos candidatos. Algunos sectores del partido se inclinaban por llamar a votar a Lula para derrotar a Alckmin, candidato más a la derecha, y otro sector defendió la consigna de “ningún voto para Alckmin” (dejando abierto, por tanto, votar nulo o votar Lula).

Son varias las razones que justifican la decisión adoptada por la mayoría. En primer lugar, Lula va a construir un gobierno claramente social-liberal; esto es, en las cuestiones políticas fundamentales y en las políticas sociales seguirá el modelo neoliberal y, en segundo lugar, ha creado un arco de alianzas que reúne a una parte sustancial de los partidos más a la derecha del Brasil (como por ejemplo el PP, *Partido Progressista*, el partido de Paolo Maluf [*de su apellido procede la expresión “malu-far”, robar dinero público*]). No se trata, por tanto, de un candidato que represente un bloque de izquierda, aún cuando, como hemos mencionado antes, se esté produciendo una polarización social del electorado.

El sociólogo Ricardo Antunes, uno de los fundadores del P-SOL, explicó, en una entrevista a la Agencia Carta Maior (13/10/2006), su posición contra el apoyo a Lula en la segunda vuelta del siguiente modo:

“Es evidente que las candidaturas de Lula y de Geraldo Alckmin no son idénticas, pero tienen una arquitectura de política económica muy parecida: vinculación con los bancos, con el capital financiero y con el gran capital industrial. Alckmin es el candidato de la derecha tradicional y el gobierno de Lula es una expresión proveniente de las luchas sociales que terminó asumiendo las propuestas de base derechista. Así, Lula actúa para desarticular las luchas sociales. Fernando Enrique Cardoso intentó durante años atacar al sistema de pensiones públicas y aumentar los impuestos a los pensionistas, pero no lo consiguió porque se enfrentó a la oposición de los movimientos sociales. El gobierno Lula se mostró extremadamente “competente” para desestructurar a las izquierdas brasileñas, que quedaron diezmadas. El desafío del P-SOL y de los movimientos sociales es reconstruirla. La confusión generada por Lula es de tal calibre que es tenido, por los movimientos sociales, a veces como enemigo a veces como aliado e incluso como parte de un gobierno en disputa [entre un ala derecha y un ala izquierda]. Así, entre él y Alckmin no se ve cuál es la alternativa menos nefasta”.

Esta es una valoración compartida por la mayoría de la militancia del P-SOL.

El P-SOL, sin embargo, no hace campaña a favor del voto nulo. Es una forma de respetar la posición de los votantes de Heloísa Helena que se inclinan por el voto a Lula.

¿Qué proyecto para el país?

El P-SOL, al igual que el Frente de Esquerda, se plantea la necesidad de una profunda reflexión sobre su proyecto político.

El Brasil neoliberal es muy diferente del Brasil desarrollista que aún permanece vivo en nuestro imaginario político. Lula operó con inteligencia -desde la reforma de las pensiones a la Bolsa Familiar- sobre esta realidad ya ampliamente consolidada durante el gobierno de FHC y que él conocía muy bien. Eso dio origen, bajo su gobierno, a una paradójica, si bien mínima, caída de la concentración estadística de la renta: un pequeño incremento de la renta para un gran número de pobres, la reducción para las clases medias y trabajadores mejor remunerados, y el mantenimiento de los privilegios históricos de las 20.000 familias que gobiernan Brasil, que han prosperado como nunca. Como proyecto de nación esto no es viable, pero es una forma eficaz de mantener estable una de las sociedades más desiguales del mundo.

La opinión pública de izquierda, una parte organizada y consciente de la clase trabajadora industrial, de las capas medias y de la intelectualidad comprometidas en las actividades ciudadanas, perdió peso y tiene su identidad desgarrada con la profundización de la proletarianización y la precarización. Estos segmentos -producto del desarrollo nacional hasta los años 80- son los más sacrificados por el nuevo régimen de Lula. y nuestro proyecto de izquierda deberían vertebrarlos en un nuevo bloque histórico con las masas empobrecidas.

Es claro que continúa existiendo un espacio estructural (aunque minoritario en estos momentos) para un proyecto de izquierda en el país. Pero cualquier proyecto con vocación hegemónica que ambicione una nación próspera, justa y soberana y

que pretenda viabilizar una transición para la construcción del socialismo, se enfrenta a dos desafíos.

Por una parte, estructurar la intervención política de este sector de la población. Es decir, recuperar las aspiraciones del pasado desarrollista, que podrían sintetizarse en términos de crecimiento, empleo y salarios, pero que conllevan una serie de corolarios inviabilizables en un futuro previsible: economía próspera, sindicalismo dinámico, educación y sanidad pública y de calidad, perspectiva de ascenso social. Pero, también, incorporar nuevas temáticas que involucran cada vez a más sectores: de la ecología al conocimiento libre, de la cultura a la sexualidad, de las políticas de identidad al altermundialismo. Cuestiones estratégicas y que interesan particularmente a la juventud, sin la cual no existe recomposición posible de la izquierda.

Por otra parte, recuperar la vocación hegemónica. Lo que significa restablecer la interlocución con las masas empobrecidas, con la mayoría social que hoy respalda a Lula en las urnas y que seguirá impermeable a una izquierda no estatista y que no valorice la política de renta. Lula es neopopulista porque encontró una fórmula estable para dirigirse a esas masas, de la misma forma que antes Getúlio Vargas [*presidente de la República en 1930-1945, periodo en el que lanzó el programa populista del Estado Novo, y 1950-1954*] ofrecía perspectivas de empleo y ascenso social a la clase obrera en los marcos fordista/cepalinos [*CEPAL, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, organismo de las Naciones Unidas*]. Y de la misma forma que la ruptura con el viejo populismo sólo fue posible con el protagonismo autónomo de los sectores sociales que eran su objetivo, la superación del *lulismo* sólo será posible con la universalización de las políticas de garantía de renta o de empleo. Esta es una progresión muy improbable en el mundo neoliberal, pero en todo caso menos distante del horizonte de la mayoría de la población brasileña que la generación de 50 millones de empleos que se prometen ahora.

Pero además de estos desafíos más inmediatos y, naturalmente, debiendo articularse con ellos, está el desafío mayor de reconstrucción internacional de la credibilidad de un proyecto socialista y del desarrollo de un nuevo programa de transición.

Joao Machado y José Corrêa son militantes del P-SOL y de la IV Internacional.

Traducción: Josu Egireun y Miguel Romero

La reelección de Lula

El domingo 29 de octubre, Lula ha sido reelegido presidente de la República con un 60,8% de votos válidos (58,29 millones de votos) frente a un 39,17% de Geraldo Alckmin (37,5 millones de votos). Este resultado estaba previsto en las semanas anteriores y se corresponde con el avanzado por los sondeos pre-electorales. Pero hay un aspecto muy curioso: Alckmin ha retrocedido respecto a la primera vuelta, obteniendo casi 2,5 millones de votos menos.

En la fase final de la primera vuelta, la situación era muy diferente: Lula estaba en primer lugar, pero bajaba en los sondeos, mientras que Alckmin subía, como consecuencia del “escándalo del dossier” y, sobre todo, de la ausencia de Lula del último debate entre candidatos en la red Globo (principal cadena de TV). Pero después de la primera vuelta, Lula ha corregido su línea. Ha introducido un nuevo tema en el debate: Alckmin sería un “privatizador”, es decir, alguien favorable a las privatizaciones de las empresas públicas que, incluso, sería favorable a la privatización de Petrobras (la principal empresa brasileña) y el Banco de Brasil (un banco comercial público).

Para que pueda comprenderse la importancia de este cambio, hay que tener en cuenta que Lula no había dicho ni una palabra sobre este tema en la primera vuelta, ni en todo su primer período de gobierno. Por otra parte, ha impulsado la ley que permite los PPP [*“partenariado público-privado”*: *modalidad de consorcio auspiciado por Naciones Unidas, el Banco Mundial y el FMI, especialmente desde la Cumbre de Johannesburgo, mediante el cual empresas privadas participan en inversiones y gestión de actividades económicas de carácter público: suministro de agua potable, construcción de infraestructuras básicas, desarrollo urbano...*] que es una especie de privatización (apoyada también por el PSDB, el partido de Alckmin). En la primera vuelta, Lula aunque destacaba su identificación con los pobres (sobre todo por medio del programa Bolsa Familia), no había expresado verdaderas diferencias políticas con el partido de Alckmin. Presentaba a su gobierno como más eficaz que el de Fernando Henrique Cardoso (FHC), y como portador de otro programa político.

Esta nueva línea de campaña ha dado muy buenos resultados. Por un lado, desde el final del mandato de FHC, las privatizaciones se hicieron muy impopulares; especialmente, Petrobras (parcialmente privatizada desde el gobierno Cardoso, que funciona como una empresa capitalista, que incluso cotiza en la Bolsa de Nueva York...) es considerada por el pueblo como un patrimonio nacional. Por otra parte, la afirmación de que Alckmin se preparaba para privatizar Petrobras y otras empresas era creíble; él lo negaba, pero la gente no le creyó.

A causa de éste y otros errores, Alckmin fue llevado en la segunda vuelta a una posición defensiva. Además, sectores que no se habían interesado en la primera vuelta (una parte de la izquierda) se movilizó contra Alckmin. Lula ha intentado hablar más para la izquierda. En uno de los debates entre candidatos, además del tema de las privatizaciones, ha acusado a Alckmin de querer hacer una política exterior semejante a la de Bush. También aquí era creíble: Alckmin había criticado